

---

## MIS IMPRESIONES DE VIAJE

# A LAS GRUTAS DE CACAHUAMILPA.

---

AL SR. DR. MANUEL M. VILLADA  
COMO HUMILDE PRESENTE DE RESPETO.

*Guadalupe Franco.*

Era el medio día del diez de Diciembre de mil ochocientos noventa y cuatro; en el Pueblo de Puente de Ixtla, perteneciente al Estado de Morelos, y después de tomar el alimento indispensable para soportar las fatigas de un largo pero deseado viaje, se alistaba una pequeña caravana, pequeñísima en personal, pero con vehementes deseos de conocer las renombradas y maravillosas Grutas de Cacahuamilpa.

La caravana se componía de dos Señoritas (una de ellas la que esto escribe), tres caballeros, siendo el mayor de ellos el que, por su práctica en viajar como Agente de Comercio, conocía al dedillo, permítaseme la frase, los medios de que debe proveerse quien tales empresas acomete, y un guía anciano, viejo lugareño de aquellos contornos y zorro astuto, servicial é inteligente, que lo mismo sabía apacentar el ganado, beber mezcal y fabricar azúcar, que tomar bajo su responsabilidad la difícil misión de guiar hasta su destino al grupo de seres que á su pericia confiaba su existencia.

Provistos de víveres indispensables, que prudentemente fueron colocados á lomo de traviesa mula, los caballeros, bien armados y todos llenos de intrepidez, sí, de intrepidez rayana en temeridad, emprendimos nuestra difícil pero hermosa jira, ginetes en cabalgaduras que jamás habían abusado de las pasturas, pero lo bastante fuertes para resistir nuestra humanidad sobre su dorso; pequeñas, mal enjaezadas y peor equipadas, pero llenas de grandes virtudes,

á saber: mansas, dóciles, hábiles conocedoras del terreno y constantes é impasibles caminantes de esos Desiertos que más tarde describiré.

Con un sol tropical emprendimos la marcha, rumbo, primero, á la Hacienda de San Gabriel, propiedad de los Señores Amor Hermanos, último poblado límite de la zona azucarera del rico Estado de Morelos. Atravesamos dicha finca en el momento llamado de la Zafra, ó sea la molienda de la caña para la fabricación de azúcares, respirando con dificultad los efluvios cálidos de un sol canicular mezclados con el empalagoso ambiente saturado de guarapo.

Abastecimos los porrones en la tienda de la finca mencionada, pasamos lentamente el «Real de San Gabriel» admirando sus plantíos, las callejas limitadas por las formas rotas, inteligentemente apiladas como almacén de alfarería; sus limoneros, chirimoyos, plátanos, etc., etc., su vegetación rica y exuberante, sus caseríos bañados por rica corriente de agua que, bajo de un gran puente, se desliza con suavidad para, encauzada después, dar fuerza á la rueda motriz del trapiche de dicho ingenio.

Pasamos dicho puente sobre el arroyo, en el que abrevaron nuestros caballos, para internarnos después por una cañada que se pierde entre un laberinto de mesetas diversas; comenzando desde ese punto un ascenso á una altiplanicie extensa y prolongada, poco accesible por el sin número de piedras negruzcas y resbaladizas, cantos y otras, así como por una serie no interrumpida de barranquillas ó salientes, vueltas, quebraduras y escondites, cuyo conjunto es llamado singularmente por nuestro guía con el nombre de «Llano de los Guarines.»

Ignoro en lo absoluto á qué causa obedezca darle tal título de «Llano de los Guarines» á una porción de terreno tan descomunadamente accidentada; mas respetando secretos que no me corresponde averiguar, sólo diré que en las barranquillas, en que tanto abunda dicho llano, llamó seriamente mi atención un género de arbustos cuyo fruto de color amarillo claro y muy semejante al vulgarmente llamado «Pancololote,» pero de un largo de ocho á nueve centímetros, y en prodigiosa abundancia, semejaban inmensas parvadas de canarios posados en sus peladas ramas. (1)

De la infinidad de hierbas y arbustos que llenaban las barranquillas nada diré, por carecer de conocimientos en Botánica, mas entiendo que muchas riquezas encierra la Flora de ese famoso y eterno llano.

---

(1) Es el llamado Bonete, *Pileus heptaphyllus*, J. Ram., de la familia de las Pasifloráceas.—M. V.

Dos horas y media dilatamos en pasar tan extenso lomerío agobiados tenazmente por el calor sofocante y terrible de esa región seca, horriblemente seca, ardiente, que tostaba nuestra piel, y agobiados también por la sed, pues el agua se encontraba lejos, muy lejos de nuestro camino: ahí comenzó el trabajo para malos viajeros, poco acostumbrados á la escasez, y sin elementos, por falta de práctica: carecíamos del líquido que nuestro cuerpo anhelaba. . . . agua . . . . agua . . . . agua.

Nuestro compañero, viajero empedernido, trató, con éxito, de calmar nuestra sed con lo que el terreno producía, y nos hizo ingerir dosis muy respetables de mezcal, con lo que se vió satisfecha un tanto esa necesidad. Las cabalgaduras jadeaban, el sol lanzaba torrentes de calor sobre las candentes piedras, y la Iguaña, impassible y socarrona, tomaba sol, *para calentarse*, sobre el canto de un saliente, ó toscamente aplastada en el tronco de algún árbol.

Caminando rumbo al Sur entramos de lleno al llamado «Llano de Michapa,» que, como el anterior, y á mi humilde entender, es una antífrasis llamarle así, puesto que comprende la cresta ó cima de una de las cordilleras que limitan el Estado de Morelos con el de Guerrero.

Dicha cima se encuentra cubierta en una extensísima zona por arbustos que, más que tales, deberían llamarles árboles de Cuauhtecomate, (1) y otros que el guía nos indicó llamarse Cazahuate. (2) Siendo este llano, en general, árido y desierto, reina el silencio en él, turbado de cuando en cuando por el ruido peculiar que hacen con su vuelo bandadas de Palomas silvestres, que mucho abundan en ese sitio, y de cuya caza se hizo abundante provisión por mis compañeros.

Este paréntesis en el varonil *sport* hizo menos pesada la monotonía del extenso Michapa, que alargaba su límite sin fin, formando *horizonte*, como llaman los marinos á la inmensidad. Un detalle.

Serían las cinco de la tarde cuando grandes partidas de Cuervos y unas aves de rapiña llamadas Quebrantahuesos, volaban siempre en dirección opuesta á nuestro camino, y en parejas de dos invariablemente, haciendo sonar á nuestro oído su poco afinado y salvaje chillido. Manchas negras de las aves en el espacio y en la superficie del terreno manchas negras también; singular fenómeno del Michapa, pues á grandes tramos se hallaba éste obscureci-

(1) Es la *Crescentia cujete*.—M. V.

(2) Es la *Iponia arborea*.—M. V.

do, ahumado materialmente. Ignoro si es por efecto del calor, de su naturaleza geológica, ó por otra causa. (1)

El sol se ocultó, al fin, tras las altísimas montañas que azuleaban ante nuestros ojos desde el momento de nuestra marcha, y que cada vez parecían alejarse más y más. El astro rey cedía su puesto á la sin par Selena que brillaba de una manera melancólica, debido, á mi modo de juzgar, por opacarse sus luminosos rayos con el vapor que de Michapa brotaba como espesa bruma. Tanto fué así, que á nuestro paso y como sombras informes huían resoplando furiosamente lo que creíamos gruesos pedruzcos, y no eran otra cosa que bravos y salvajes toros que se levantaban atemorizados al paso de nuestras caballerías . . . . . y sin embargo, los Cuauh-tecomates no acababan ni se le veía el fin al de Michapa.

Después de cinco horas de camino, y ya entrada la noche, pues viajábamos en invierno, llegamos á la barranca de Sta. Teresa—lugar de difícil acceso, que para llegar á él había que exponerse; *sí, en verdad*.—Una pendiente rápida con lecho de gruesa matatena era el camino para bajar, y los caballejos mantenían rígidas las cuatro patas, dejándose deslizar en tal posición, con su ginete áuestas, como los inmóviles caballitos de juguete que con un cordel tiran los niños tras de sí.

«Alegre y bello sitio.» Desde este punto cambiaba por completo el aspecto, pues de la aridez, en medio de la cual habíamos pasado la tarde, trocábamos en rica y variada vegetación. Un afluente del río Amacuzac, ó tal vez este mismo río, riega fecundamente este lugar.

*¡Bendita Naturaleza! clamamos.* Al fin tenemos agua. A ella, y como denodados soldados asaltan un reducto ó atacan una fortificación, así nos precipitamos al lecho del río para saborear con avidez el líquido elemento, remojar nuestras gargantas, y dar un momento de tregua al larguísimo viaje. Las bestias, al par que los racionales, remojaban sus sedientas fauces y depositaban en sus estómagos decálitros del elemento tan precioso que la Naturaleza nos deparó.

Eran las siete y media de la noche cuando emprendimos de nuevo la marcha; la luna alumbraba, lo he dicho ya, con débil claridad los sitios en que los altos árboles nos dejaban manchas negras con su sombra. El camino era lo que vulgarmente se llama *encumbrar*, es decir, de cuesta arriba; los hombres llenos de cautela y con las armas listas, y nosotras poseídas de un gran temor á lo desconocido, pues espesos y grandes matorrales y arbus-

(1) Es un fenómeno de espejismo.—M. V.

tos de todas clases casi cubrían á nuestros caballos, y un confuso griterío producido por millones de insectos y sin número de alimañas que en tal sitio pululan, formaban un extraño concierto para nuestros oídos, y jamás sentido por nosotras. La voz humana era débil gemido ante concierto tan expresivo y sin igual. «La Naturaleza hablaba.» Hablaba, sí, con las expresiones delicadas del organismo de su creación. Se revelaba como un saludo de bienvenida, homenaje de Dios, á los admiradores de sus maravillas.

Baste decir: era el principio de mis emociones. En ese momento (lo he dicho ya), comenzábamos á encumbrar el famoso Monte de Cacahuamilpa.

Habíame olvidado mencionar que la luna estaba en su tercer octante, y por consiguiente, bañaba con su luz el principio de la senda que de nuevo seguíamos; los vapores de la tierra comenzaron á desvanecerse, pues el exceso de vegetación los absorbía, y la claridad reinaba en el ámbito estrecho del serpenteado camino de herradura que debía conducirnos hasta el fin; pero la arboleda proyectaba espesas sombras, como antes he dicho, y éstas semejaban entradas á pequeños túneles, cuya salida se vislumbraba á lo lejos en donde volvía á aparecer un nuevo claro de luna, ó el cintilar fulgente de alguna estrella.

No pasaré por alto decir que caminábamos siempre hacia arriba al pesado pero seguro andar de nuestras leales caballerías; de pronto nuestro guía, que, como tal, caminaba siempre delante, se detenía, llevaba las manos en forma de visera sobre su frente, investigaba con sus penetrantes ojos las obscuridades de los túneles que nuestra visión formaba, y dilatando su mirada sobre los claros alumbrados, después de varios instantes de expectación, exclamaba: «Vamos bien, vamos bien» (me había perdido). Figuráos ¿qué habría sido de nosotros extraviados en aquel laberinto de montañas, veredas, de encrucijadas y donde hasta los mismos prácticos dudan del sendero que los guía?

Pero no, el guía reconoció su camino merced á las vibraciones que producía en la montaña que trepábamos el eco repetido y pavoroso de un silbido, ó el rodar retumbante y profundo de alguna piedra que caía en el abismo, para asegurarse del bueno ó mal camino.

En tres ocasiones le asaltó la misma duda, y en las mismas se aseguró, por los mismos medios, de no haber perdido la dirección su brújula.

En cuanto á nosotros, admirábamos la altura inmensa á que nos hallábamos, pudiendo sólo decir en frase vulgar, pero verídica, que las estrellas del firmamento, y con especialidad las constelaciones

del Sur, las tocábamos con las manos, ó que éstas rozaban, por mejor decir, la cresta de las montañas, pues por fenómeno de óptica la bóveda celeste parecía estar al alcance de nuestras manos.

¡Oh qué bello espectáculo! Jamás lo olvidaré.

Brillantes estrellas, rutilantes luceros, todo hermoso, palpitante y vivo como toda la naturaleza que nos rodeaba . . . . . á nosotros . . . . . tan pequeños . . . . . tan miserables y tan escasos de conocimientos para poder cantar en epopeya sublime y cadenciosa tanta belleza; tan ignorantes para transportar con el lápiz ó el pincel tan sorprendentes cuadros, y tan torpes para describir encantos dignos de narrarse con palpitanes frases en la Odisea del Universo.

Lleno el espíritu de ilusión, y la humana envoltura llena de pavor y desconfianza por temor á un extravío del sendero, caminamos hora y media larga sin poder precisar la distancia ni el camino recorrido, siempre ascendiendo, atravesando bosques de mameyes, zapotes, chirimoyos y demás árboles de clima cálido, dejando hacia abajo, en las laderas, grandes plantíos de arroz, extensos cañaverales y verdes lunares sembrados de las llamadas *sandías de rocío*. Estos detalles los pudimos apreciar á nuestro regreso, que fué de día, pues á la ida y de noche, con tanta emoción, era imposible.

Por fin á las nueve y media de la noche, con una claridad de luna espléndida, el ladrar de algunos perros nos indicó llegar á sitio poblado, y más aún cuando algunos minutos después arribábamos á la plaza del pueblo de Cacahuamilpa. Era ésta una plazuela rodeada de jardines, en uno de cuyos lados había una capilla, al centro una fuente con agua abundante y cristalina que permitía ver en su fondo á través del rayo lunar, y una casa modesta y sencilla con doble cobertizo, una puerta y dos ventanas. Era la residencia de la Autoridad en ese lugar, Cacique poderosísimo, asaz valiente y temerario; llamábase el Señor Coronel Rosas.

Con mucha galantería nos dió alojamiento, merced á influyentes recomendaciones, nos proporcionó alimentos, que casi ni tocamos, pues solamente anhelábamos beber y más beber, lo que hicimos con placer infinito en la fuente de la plaza.

Extenuados de cansancio y magullados por la caminata á caballo, sin hueso sano, como vulgarmente se dice, nos retiramos á descansar á los mullidos lechos propios de esa región, compuestos de un haz de varas ó de otates llamados otateras, tendidos horizontalmente sobre dos caballetes formados con horquetas y ramas de árbol. Dióse forraje verde á las caballerías, alimento al guía, y después de dar gracias al cielo, que tan cerca teníamos, á ese ciclo

magnífico y esplendente, nos tendimos en los otates, soñando con los vivos recuerdos de nuestro camino, y esperando ansiosos el amanecer para dirigirnos al objeto de nuestro viaje, á la sin par y famosa Gruta de Cacahuamilpa.

Serían las cuatro de la mañana del siguiente día, cuando fuerte y continuado ruido retumbó en nuestro oído, y asombrados despertamos después de una malísima noche, para nuestros maltratados cuerpos, en aquellos suplicios llamados camas. Dicho ruido extraño y sonoro lo producía el golpe de los pilones en el mortero de madera, que daban simultáneamente, ó á intervalos bien marcados, seis oficiales batidores para efectuar la limpieza ó blanqueo de la cosecha de arroz, negocio productivo, al que se dedicaba el Señor Coronel Rosas.

Imposible era conciliar el sueño después de esta salva, no quedándonos más recurso que levantarnos para reconocer á la luz de la aurora los sitios pintorescos que nos rodeaban, ya que los habíamos visto á la claridad de la luna.

El día se hizo y ya pudimos admirar el paisaje.

¡Oh, qué lugares tan seductores! Estábamos en plena estación de invierno, y sin embargo, los tecorrales se cubrían completamente de azules campánulas, arbustos cuajados de rojos tulipanes, inmensas adelfas ofreciendo ramilletes de sus bellas flores; los limoneros y naranjos cargados de olorosos frutos, y los altos mangares en flor, con sus brillantes hojas, daban á este paisaje un tinte encantador. ¡¡Qué fecundidad en estas zonas!! ¡¡Qué Naturaleza tan hermosa!!

Informado el Señor Coronel Rosas de nuestras intenciones de conocer la gruta, nos manifestó su asombro, pues en todos los años que llevaba de ser la Autoridad de ese lugar jamás comitiva tan pequeña se atrevió á penetrar á la caverna, pues la menor que recordaba, se había compuesto de veinte á treinta personas, amén de ocho ó diez guías convenientemente equipados; seguro de nuestra inquebrantable resolución nos proporcionó bondadoso tres guías, hábiles conocedores hasta del último rincón de la gruta, pues el que hasta ahí nos había llevado guardaría en el exterior las bestias para que no se despeñaran.

Designados los mencionados guías se pusieron éstos á nuestras órdenes, tan luego como se vistieron convenientemente para el objeto. En este intervalo nos fué ofrecido el desayuno, se prepararon los caballos, y media hora después estábamos en camino.

El traje especial de los guías se componía del popular calzón blanco, una camisa con largas faldas fuera del calzón, huaraches,

sombrero de palma y un morral pendiente de los hombros con una correa.

Los utensilios se componían de media docena de garrotes y morillos de tres á seis metros de largo, y otra media docena de gruesas varas de la altura de un hombre. Los primeros para alumbrar con las antorchas, convenientemente atadas en la extremidad, á la altura mayor posible, y las segundas con el objeto de que sirvieran de apoyo á cada uno de los visitantes. Ignoro lo que llevarían en el interior de dicho morralito, mas sospecho que serían envolturas con sal, aguardiente, cerillos, hilo, brea, cuchillo, etc., etc.

Ginetes de nuevo en nuestras cabalgaduras comenzamos á bajar á una profunda cañada, pues la plazoleta quedaba en la cumbre de la montaña.

El camino que seguimos atravesaba al simpático pueblecillo de Cacahuamilpa, por entre veredas angostas y onduladas, accidentadas y resbaladizas, pero siempre pintorescas.

Terminando estas veredas y faldeando siempre se llega á una eminencia desde donde se admira una gran extensión de la Cordillera de Ocotlán (según entiendo), entre cuya vegetación, compuesta de árboles del búle (huaje), corpulentos tepehuajes, granadillos, tapinceranes y otras maderas finas, se agitaba en el fondo la corriente de un río entre barrancos y desfiladeros.

La impresión del abismo me conmovió y las lágrimas asomaron á mis ojos, la garganta seca y la lengua inmóvil por la suspensión de mi espíritu no me permitían articular palabra alguna; pero la sorpresa fué mayor cuando el más joven de los guías, con voz grave, pausada y sentenciosa dijo estas palabras: «mirad.» ¿Veis aquel hueco que se nota en esa altísima montaña?.....

Es..... la boca de la gruta.....

En ese momento una parvada de huilotas levantó violentamente el vuelo en dirección al infinito azul del cielo, y con ellas mandé á Dios las ternuras de mis emociones.

Á poco andar se llega á una pendiente muy pronunciada que la prudencia nos aconsejó descender pie á tierra. Dejamos las bestias al cuidado de su pastor ó caballero y franqueamos algunos hilos de agua que engruesando su caudal con los escurrimientos de la montaña en diferentes derrames, aumentan el que acabo de mencionar. Luego..... á ascender, súbito, súbito, por un camino cuyas piedras formadas por lajas cortantes y pulidas le hacían muy penoso. De cuando en cuando pasábamos por algún hueco del acantilado de la montaña, descubriendo algo como grupos de columnas salomónicas, de incomparable majestad, guardando ó sosteniendo la inmensa muralla cuya altura mi mente no pudo medir; luego al-

gunos escurrimientos de matiz pálido, luego más columnas, hasta que al fin, ¡¡Dios mío!! ¡¡Creador Eterno del mundo y sus maravillas: bendito seas!! La boca. . . . . La boca de la Gruta. . . . .

Temerosos nos asomamos, conteniendo el aliento de emoción . . . . . y . . . . . ¡Qué asombro! ¡Qué estupor! ¡Qué magnificencia! ¡Qué grandiosidad!

Ante la majestad sin igual de esa belleza nosotros enmudecimos, y sin articular palabra, con las lágrimas en los ojos, sin el más leve acento que denunciara nuestra mísera humanidad, descubrimos lentamente nuestras cabezas, bajamos poquito á poco, bajamos, mal conteniendo los latidos del corazón, que parecía querer saltar en pedazos, y cual se apaga la voz á la entrada de un templo en señal de respeto, el alma se recoge y el cuerpo se inclina en señal de humildad, así quedamos todos: mudos, estáticos y empequeñecidos ante aquella caverna gigantesca que á nuestra vista teníamos.

Entorpecido por completo mi criterio, no podía fijar mis ideas, y mis sentidos alterados no ayudaban á mi imaginación y sólo pude exclamar:

¡Oh . . . . . qué soberbiamente hermoso es ésto!

¿Cómo podré describir esos monumentales sitios? Soy muy pequeña para hacerlo; pero invocando en mi ayuda á los seres invisibles que sin duda moran en esa caverna, lo intentaré, segura de que no huirán de mi lado al mencionar su obscura pero preciosa mansión.

Lo primero que se presenta á la vista es un arco inmenso, que mide, según datos de García Cubas, setenta y cinco pies de altura por ciento cincuenta de ancho, formado por gruesas piedras con escurrimientos de graciosa forma y color claro.

La superficie del piso sigue una pendiente tendida hacia el interior, donde, á distancia de unos diez ó doce metros aproximadamente, existe un obstáculo aparente que hace vacilar al viajero en su intento de exploración. Es un derrumbe.

Un conjunto de enormes piedras que fueron, como si dijéramos, la clave del gran arco. Dicha mole derrumbada se halla tan perfectamente á plomo en su caída, que si fuera posible levantarla sin dislocar sus partes componentes, ocuparía perfectamente el vacío que su desprendimiento dejó arriba, pues no ha sufrido alteración ninguna en su forma. La vista de esta mole acobarda y sobrecoge.

No sé si mi memoria será fiel y pueda renovar mis impresiones tal como ellas fueron, pero si así no fuere, describiré lo que ví, no por su orden progresivo, sino por lo que mi mente recuerda.

Antes de penetrar en las profundidades secretas y misteriosas de la caverna, procedimos á desempacar cuidadosamente los lar-

gos cartuchos de luces llamadas de Bengala que con anticipación se mandaron preparar á un hábil pirotécnico, y de las que llevamos provisión en número de veinticuatro, algunos cohetones con luces multicolores, hachones de brea y varios paquetes de velas esteáricas de las que desconfiadamente guardamos una cada cual en nuestros bolsillos. Mientras los guías ataban algunos cartuchos de luces de Bengala en el extremo de sus altos morillos, nosotros, poseídos de extraña y sobrenatural sensación, procurábamos templar nuestro acobardado espíritu con un sorbo de cognac; los labios pronunciaban, por lo bajo, alguna oración, y los nervios alterados vibraban con rapidez agolpando la sangre al corazón.

Nos fueron repartidos nuestros bastones á guisa de báculos y, ya todo listo, se dió la orden de avance hacia el interior de la gran Caverna.

Grandes galerías silenciosas, oscuras y tétricas, denominadas «Salones,» son los departamentos de que se compone la Gruta, cuyas protuberancias, concavidades y petrificaciones forman figuras caprichosas, increíbles, fantásticas é imponentes, y de las cuales, sin duda, se derivan los nombres por los que son conocidos, siendo todos muy apropiados, á mi entender.

Repuestos ya de nuestra primera y grata impresión, absortos y estupefactos comenzamos á admirar la primera galería llamada del Chivo.

Es ésta una galería inmensa, pudiendo, para mayor claridad, valorizarla en cifras de las siguientes aproximadas dimensiones.

Largo 200 metros, ancho 50 metros, altura 30 metros.

Toda ella formada por arcadas atrevidamente dispuestas y con petrificaciones y protuberancias color verde claro, blanco y negro, grandes pedruscos distribuidos graciosamente en el piso, siendo éste resbaladizo y húmedo; bajo la nave principal, artísticamente colocado sobre su zócalo, bajo una gran bóveda un poco á la izquierda, contemplamos la figura de un chivo perfecto, formado por escurrimientos ó filtraciones, como todo el resto de las figuras que allí se encuentran. Como una decoración teatral hábilmente pintada y colocada, se observa el golpe escénico desde la boca hacia el fondo, y tal creíamos que allí terminaría, pues el fondo se mira sin creer que se pudiera continuar, avanzando para dar vida á otra nueva decoración, previa la mutación del artífice del teatro inimitable de la Naturaleza.

Siguiendo el paso de nuestros guías, llegamos al fondo de este primer salón, y así como el actor se interna entre bastidores del último término de la decoración, así nosotros derivamos hacia la derecha, tras de un alto pedrusco, teniendo siempre todos los sen-

tidos «alerta» y presa el alma de una profunda emoción; ahí encendimos algunos hachones, pues débiles reflejos de la luz del día penetran aún en esa segunda sala, pero para poder apreciar sus bellezas, nos prestaba un poderoso auxilio la luz artificial, de la que íbamos bien provistos. Llamáronle nuestros guías, «Salón de las Fuentes.» En efecto: en primer término se encuentran unas grandes tazas, fuentes ó receptáculos, en cuyos bordes se ve petrificado el líquido, que rebasando la capacidad de ellas, se ha derramado en todo su derredor. Estos derrames son niveos, semejando blancos lienzos enlaminados de argentada brillantina con que las hadas de aquellos recintos cubren sus cuerpos después de haber recibido la suave y sutil aspersion en sus encantadas piscinas.

Un poco más al fondo en nuevo departamento existen en el suelo pequeñas y ligeras piedrecillas blancas, esféricas y oblongas que imitan perfectamente los bombones que la mejor confitería parisiense jamás llegó á producir, ricamente azucarados (en apariencia) por el mejor *Candy* y apropiados para regalar el paladar de las mismas que antes tomaran su coqueto, ideal y paradisiaco baño.

Al inclinarme á recoger algunos de ellos se me antojó estar en una noche de posadas, entre el bullicio y algarabía que produce la «jura» de estos simpáticos y diminutos dulces. ¿Qué os asombra? dijeron los guías. . . . . estáis en «La Sala de los Confites.» Miradles, regados por doquier, asombrando con sus cambiantes de hábil composición, esparcidos en el suelo, descendiendo por torrentes en los planos inclinados, aglomerados en los rincones en cantidad infinita como esa multitud que derrama el cuerno de la abundancia en las vitrinas del Boulevard.

A la derecha de este lugar existe un rincón ó repliegue, que tal vez por ser pequeño y curioso se le llama «El Relicario.» Como su nombre lo indica, encierra lo más preciado y hermoso en curiosidades de la especie; es blanco cual de nieve, y alumbrado por las antorchas brilla como si fuese de plata.

Así como todo depósito de riquezas queda guardado por fuerte tapa con chapa de combinación, finísima obra de cerrajería, este relicario queda guardado de las codiciosas miradas y manos mancilladoras de viajeros profanos, por piedras colocadas en su abertura, cuyo asiento sólo conocen los guías, y que no es dado á todos conocer, pues ellos son los primeros en ocultarlo cuando la gruta es visitada por caravanas numerosas. En esta vez nos fué mostrada con la estricta condición de respetar sus brillantes piedras y no coger nada de lo que ahí existía.

Previo protesta y cumplimiento fiel, admiramos su interior, que es cual rico hacinamiento de joyas de incalculable valor: os ase-

guro que si me fuera dable visitar de nuevo la Gruta, no encontraría fácilmente el secreto de su cerradura.

Sigue al fondo una nueva y extensa galería llamada de la «Auro-ra,» y hasta aquí es donde se percibe el último rayo de luz; todo cuanto contiene, obeliscos, pirámides, cielo, etc., tienen un tinte ligeramente rosáceo que contrasta de una manera dulce con los tonos blancos y fuertes del anterior.

Repito que el orden que sigo es el indicado por nuestros guías, pero ignoro si estará acorde con el observado por otros visitantes.

Según ellos, sigue el Salón de los Tronos, el cual es uno de los más hermosos. Parece una sala de aspecto octagonal como las de los castillos de la época feudal, y como son la mayor parte de las de audiencias en los palacios de los soberanos de la antigua y moderna Europa; ostenta orgullosa en su interior altísimos monumentos, cuya medida total no me fué fácil calcular, pues la vista se perdía entre las negruras de su techumbre, monumentos de forma maravillosa á la par que fantástica, que se han designado con el nombre de «Los Tronos.»

Encendiéronse por primera vez los cohetes llamados de Bengala, cuya luz blanca y fuerte alumbró, con gran asombro de todos, esas indescriptibles bellezas. Son tres los más notables, siendo dos de ellos altísimos, obra de arquitectura inverisímil, fantástica é imponderable, por sus delicadas líneas, sus grabados, sus relieves, sus hojas de acanto, sus capiteles semejando orden corintio de la más correcta especie y coronados por dosel ó baldoquín esbelto, aéreo, reluciente y bello; basamentos sólidos ascendiendo superpuestos con cálculo irreprochable, sus columnas regiamente coronadas por cornisamentos con hojas de relieve del más puro é ideal estilo. ¡Y todo fabricado por mano invisible y prodigiosa . . . . . dirigido por el gran arquitecto del Universo . . . . . Dios!

Son estos tronos edificios aislados de las paredes, aislados de la bóveda, rectos y á plomo, cual imponen los principios más exigentes de la moderna ingeniería, rematando en un antepecho ó balconete, bajo el dosel, con cortinajes y adornos de regia decoración.

Están bien denominados los llamados Tronos; tronos donde asienta su real persona el ó los monarcas de ese imponente dominio. Mas no es aún todo: con la ayuda de los cohetes voladores de luz blanca ó multicolor, quedóse pasmada nuestra vista ante el espectáculo que por instantes y mientras duraba la claridad, presentaba lo que pudiéramos llamar el artesonado de la mansión de los reyes.

Dicho artesonado es riquísimo, de irreprochable dibujo, de apa-

riencia mágica y seductora, por su totalidad y sus detalles ajustados hasta lo increíble con la decoración de la regia sala.

En casi todos estos departamentos se admiran grandes estalactitas semejando colgaduras que parecen colosales telarañas ocupando los ángulos, lados y muros; algunas de esas petrificaciones ligeramente coloreadas de verde, rosa, blanco y plomo, tienen el aspecto de verdaderos cortinajes de inimitable tapicería; obras todas que al reflejo de nuestra luz blanquísima elevada por los largos candelabros de madera, producía á nuestra vista asombro tras de asombro, realidad de ilusiones forjadas por la fantasía soñadora de un cuento de hadas.

De hadas . . . . . sí . . . . . Esta es la palabra . . . . . pues . . . . . estábamos en su mansión . . . . .

Poseídos de la más profunda impresión pasamos al salón siguiente llamado del «Volcán.»

Es este salón relativamente pequeño, y para contrastar con su contenido es asimismo bajo en relación con el anterior; tiene adherida á uno de sus muros una petrificación que, al deslizarse, le ha dado la forma de un volcán, piramidal en su forma, blanco cual de nieve, brillante, bello, aunque poco elevado. La bóveda de la caverna corona su cráter con infinidad de estalactitas de diversas y variadas formas.

Bellísima obra, monumental y sorprendente. Obra imperecedera de la naturaleza.

Yo me atrevo á aventurar esta opinión. Toda esa montaña es permeable en demasía; las aguas de las lluvias al atravesar por todas las capas de ella se impregnan de los elementos que forzosamente contienen, después se filtran y al caer, evaporándose, dejan las sales y substancias pétreas que consigo traen. Este trabajo lento de la naturaleza, durante siglos, ha formado figuras colosales unas, hermosas otras, y admirables todas. Inútil sería decir que en todo el trayecto de las galerías siguientes se hizo con profusión el mismo uso de las luces de Bengala, así como de los hachones de brea, que en conjunto derramaban intensa claridad en ese recinto donde la obscuridad reina en absoluto y que es turbada muy de tarde en tarde por los audaces visitantes, que es de lamentarse sean en escaso número.

Sigue otro salón llamado de los Hornos, galería grandiosa y severa, amplísima y, á semejanza de la primera, sostenida por arcos monumentales.

Altos hornos imitando con verdad intachable las construcciones de este género adaptadas para fundir vidrio ó quemar ladrillos, pues no cabe vacilación ninguna en darles este nombre. La fanta-

sía y la imaginación ya familiarizadas con la extraña grandiosidad de esos sitios, creía ver huír á miriadas los Gnomos, habitantes del centro de la tierra, después de abandonar por leves instantes su ruda labor de muchos siglos, almacenando y disponiendo materiales en sus vastos hornos, sin atender en su precipitada fuga á llevar consigo al guardián eterno que la naturaleza les concedió; esto es: una hermosa estalagmita que representa enorme *perro echado* y en actitud de ladrar á los intrusos, y que descansa en esa postura hace muchos siglos.

Conforme se acerca el visitante á tan importante figura va desapareciendo la ilusión, hasta que al fin, ya próximo á ella, no se observa más que un grupo informe de substancias que se acumulan más y más á la caída de la gota, formadora eterna de tales espectros.

El guardián huyó con sus obreros á las concavidades profundas y misteriosas de la caverna.

Sigue la gran sala denominada «El Panteón.» Silenciosa cual su significado, de un silencio eterno, con sus lúgubres monumentos, no porque éstos sean oscuros, no, sino por la gran semejanza con tumbas verdaderas y colosales, finamente talladas en materia que gana en blancura y solidez al mejor y más blanco mármol de Carrara, y que el artífice italiano reconocido por el primer marmolista del mundo, jamás reproducirá con tanta majestad.

El piso es húmedo y frío como el recinto de la muerte; en cambio el ambiente es sofocante, caliente en demasía, al grado que el viajero lleva humedecidas y pegadas las ropas; lleno de emoción, de espanto y de pavor, trémulante la voz, apenas puede preguntar si aun hay algo más allá del recinto de la muerte.

¿Qué mejor ocasión para probar el temple de las almas; qué mejor ocasión para demostrar y conocer lo que se llama conciencia tranquila? Aconsejados por uno de nuestros compañeros, y haciendo alarde de valor, de golpe apagamos todas las luces, hachones y velas que guías y viajeros llevábamos consigo y ¡Oh, terror! . . . . Una negrura inmensa nos circundó con la violencia del rayo, un silencio pavoroso se escuchó, silencio penetrante, sin que haya sonido alguno que imite ese silencio que, contra toda lógica ó gramática, se dice que es un silencio que se oye; y la tiniebla, la verdadera tiniebla, espesa y profunda, apreciamos en toda su plenitud!

¿Qué sin número de emociones cruzaron por nuestra mente en esos instantes? ¿En qué lugar lejano del mundo de los vivos nos encontrábamos sumergidos en el silencio de la muerte? ¿Cuántas veces, el corazón pletórico de sangre acumulada quería estallar, y

cuántos solamente tradujeron las emociones, en gemidos del alma, ahogados por el sollozo y por las lágrimas? Así, así se temple el espíritu; y el que tiene conciencia sana permanece sin temor ante aquella sin igual semejanza de lo que será el infinito . . . . .

Como en la palabra de la creación . . . . . Hágase la luz . . . . . la luz fué hecha; y sin cruzar palabra, pues la emoción embargaba nuestro ser, fuimos reanimando el espíritu poco á poco, hasta que nuestros cicerones dijeron: adelante . . . Al pedregal del Muerto . . .

Llegamos al llamado Pedregal del Muerto, que está formado, á mi juicio, por derrumbes continuados é inmensos, los que con el transcurso del tiempo pueden llegar á obstruir el paso por esos sitios, pues en ellos es donde únicamente se percibe con facilidad la bóveda de la montaña; tanta es así la proximidad de ella. Allí fué donde palpamos la utilidad de nuestros báculos para poder caminar entre su intrincado laberinto, cuyo paso es asaz difícilísimo.

La fatiga que causa el ascenso en dicho lugar, y la aplicación casual de nuestro sistema de enseñanza moderna llamada objetiva, con la anécdota que de dicho pedregal nos contaron nuestros guías en el momento de atravesarle, todo contribuyó á que mi mente concibiera esta terrible idea: ¿Si los elementos de luz que tenemos se agotaran . . . . . qué sucedería? Tal pensamiento se hospedó en todos los cerebros, contagiándoles de mi temor. Procedimos á hacer balance de nuestros elementos mermados en muy buena parte, y visto su resultado, determinamos pasar al salón siguiente y regresar hacia la boca. Con mil dificultades, jadeantes y sudorosos de tan temido pedregal, pasamos al otro salón.

En éste creíamos ya tener compañía, pues una variedad de formas diseminadas en distintas direcciones y en actitud de orar, ostentaban su blanca toca, esparcidas aquí y allá. Eran las ánimas (estalagmitas preciosísimas y curiosas que representaban esas creaciones).

De pronto un eco sonoro y acompasado que se escuchaba nos hizo seguir adelante. En el ángulo del salón se encuentran unas peñas rectas y altas estalagmitas simulando torres; en medio de ellas descenden gruesas gotas de agua que al caer remedan notas de Xylophono, y rodeando una de esas torres, allá en el fondo, se oculta un manantial denominado del «Agua Bendita.» Agua purísima, limpia y fresca, que todos bebimos con avidez . . . . . Era el oasis de nuestra excursión.

Procurando escudriñar, debilidad humana, el origen de tal escurrimiento benéfico y bendito, como su nombre lo dice, encontramos otra maravilla: una gran piedra con su cara perfectamente labrada, con círculos concéntricos matemáticamente trazados por

la diferencia de capas componentes y que se conoce con el nombre de la «Torre del Reloj.»

Con tan feliz hallazgo consultamos los nuestros, y habiendo visto que habían transcurrido tres horas desde el momento de nuestra entrada, sin haber sido mal gastado ni un solo minuto, pusimos término á nuestra excursión, pues tantas y tan continuadas emociones nos hicieron ceder el paso á la precaución, y regresamos.

Volvimos á recorrer todas las maravillas antes dichas sin decrecer nuestro asombro y curiosidad; pero al llegar nuevamente al Salón de la Aurora, desde donde se percibe muy lejana la entrada como un foco luminoso de linterna mágica, y como para rematar nuestras impresiones con un apoteosis digno de la fama, vimos efectuarse un fenómeno luminoso debido á muchas circunstancias.

Primera. El rayo de sol que penetraba diagonal en esos momentos por el orificio de entrada de la gruta.

Segunda. Todas las hierbecillas que nacen en su margen.

Tercera. La situación en que estábamos colocados, y

Cuarta. El humo de nuestras antorchas que densamente se había acumulado sobre la bóveda, produjeron este fenómeno notabilísimo, en el que el espejismo invirtió toda la decoración de la entrada del salón del Chivo, y rayos azules y rosáceos se difundían por lo alto de las bóvedas partiendo de aquel foco luminoso que, á manera de prisma, quebraba la luz semejkando un crepúsculo vespertino espléndido y jamás observado por mortal alguno.

Ante semejante perspectiva no pude ya más, y, doblando la rodilla, pedí á todos mis compañeros y guías que diésemos gracias al Todopoderoso por habernos concedido admirar una de sus grandes maravillas.

Mi alma se sentía penetrada de los sentimientos que inspira la existencia real de un ser omnipotente. Sí; Él y solo Él pudo ser el autor de tan colosales obras; y si en todo lo grande, en todo lo bello, en todo lo perfecto debemos de alabarle, ¿Qué mejor templo que ese lugar, para postrarse de hinojos y exclamar:

¡Oh, Señor! Tus obras son cual Tú: inmensas, hermosas é inmutables.

Esta maravilla reúne grandeza, majestad y admiración.

Hossana.....Loor.....Bendito seas.....

México, Agosto de 1906.

GUADALUPE FRANCO.